



Detrás de las historias (que nunca fueron)

Laura Di Marzo
(Compiladora)



Prof. Mg Laura C. Di Marzo
(compiladora)

Detrás de las historias (que nunca fueron)

Arce, Geraldine
Cabrera, Verónica Alejandra
Cáceres Benitez, Fátima Andrea
Carabajal, Julieta Ayelén
Calvaroso Nogales, Sabrina
Cerrutti, Daniela
Conte, Marcela
La Ferraro, Ornella Agostina
Leyes, Macarena
Padín, María José
Pérez Fernández, Florencia Alejandrina
Savarro, Cynthia Mercedes
Ticona Burgoa, Mary Cruz



Detrás de las historias (que nunca fueron) / Geraldine Arce ... [et al.];
compilado por Di Marzo, Laura ; coordinación general de Di Marzo,
Laura ; ilustrado por Geraldine Arce ... [et al.]. - 1a ed ilustrada. - Ciudad
Autónoma de Buenos Aires : Normal 3 Ediciones, 2015.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-45224-2-9

1. Narración. I. Arce, Geraldine II. Di Marzo, Laura, , comp. III. Di
Marzo, Laura, , coord. IV. Arce, Geraldine, ilus.

CDD 863

Diseño interior y de tapa: Diego Arias Regalía.

Ilustración de tapa: Marcela Conte.

Ilustraciones en el interior: Geraldine Arce; Verónica
Alejandra Cabrera; Fátima Andrea Cáceres Benitez; Daniela
Cerrutti; Marcela Conte; Macarena Leyes; María José Padín;
Florencia Alejandrina Pérez Fernández; Cynthia Mercedes
Savarro; Mary Cruz Ticona Burgoa.

1ª Edición: octubre de 2015

ISBN: 978-987-45224-2-9

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723

Impreso en Argentina

Se autoriza la reproducción parcial con fines educativos con
la mención expresa y adecuada de la fuente.



Normal 3 Ediciones



Con el apoyo del INFD

Gracias a todos los que hicieron posible este libro:

*A las alumnas que se comprometieron con el trabajo,
A la Vice rectora, Hilda Suárez, que nos facilitó los
medios para concretar el proyecto;*

*A los colegas que participaron en la realización de este
libro, Sofía Saredo, Paola Peimer, Julio César Caraballo y
Diego Arias Regalía*

La lectura atenta de la profesora Lucín Apikian

*Pero también a todos los estudiantes de cuatrimestres
anteriores que se han prestado a experimentar la
escritura de ficción en la materia, permitiéndome mejorar
cada vez la propuesta.*

Prólogo

Desde hace ya unos cuantos años, en la materia Literatura en la Educación Inicial, implemento una práctica de escritura de ficción a modo de taller. Si bien no es requisito de la materia, les permite a las futuras docentes desarrollar tres aspectos fundamentales. En primer lugar, apropiarse de conocimientos teóricos de modo activo, conceptos de teoría literaria que el vasto campo de la literatura infantil y juvenil articula para enriquecer las lecturas y las escrituras, como son las nociones de historia y discurso; focalización, temporalidad, personajes, entre otros. Poner en juego estos conocimientos a partir de consignas insertas en una continuidad de trabajo plantea un desafío cognitivo al mismo tiempo que vivencial.

En segundo lugar, esta práctica les permite hacer lecturas de textos literarios como modelos de escritura y como parte de la experiencia que conduce a la formación de lectores.

Y, en tercer lugar, desarrollar su propia escritura creativa, como un modo de encontrarse en la subjetividad del lenguaje, al tiempo que participan del complejo proceso que más tarde realizarán en las salas.

Como afirmo en mi libro *Leer y escribir ficción en la formación docente* (Bs As. Paidós, 2013) “La implementación de la práctica de la lectura y de la escritura de ficción en el proceso educativo de manera eficaz y sostenida requiere la comprensión de la

complejidad e interrelación de ambas actividades. Si bien las propuestas didácticas de generar aulas-talleres no son nuevas, no resulta sencillo ponerlas en práctica para todas las disciplinas. En relación con la literatura y con la ficción, existe una larga tradición en nuestra educación de talleres de escritura pero la ejecución de los mismos en las aulas se percibe como una práctica poco arraigada. Es que llevar adelante talleres de escritura literaria en las escuelas plantea un doble desafío: por una parte la modalidad de trabajo y por otra la especificidad de lo literario.

El taller es un espacio de trabajo en el que se aprende haciendo. La dinámica participativa de esta modalidad implica la experimentación con la palabra, en el sentido más amplio, con las formas de organización del lenguaje y con los múltiples modos de producción de sentido. En otros términos, el ensayo de las posibilidades del lenguaje, de los modos de decir, la multiplicidad de formas de expresar nuestra subjetividad.”

En este libro encontrarán producciones hechas por las alumnas que cursaron la materia durante el 1° cuatrimestre del 2015. Cada uno de los relatos responde a una consigna, por eso encontrarán entre ellos puntos de contacto.

Los mismos fueron ilustrados por sus autoras con el asesoramiento de la profesora Sofía Saredo, titular de la cátedra Artes Visuales II.

Los textos seleccionados, que no los únicos que se llevaron a cabo, son los resultantes de las consignas que despertaron más entusiasmo, que fueron más

productivas. Los invitamos a identificar a qué consigna responde cada relato, completando el índice con el número correspondiente.

Mg Laura C. Di Marzo

Consignas:

- 1- Ficcionalización de una anécdota
- 2- Renarración de un cuento tradicional cambiando la focalización
- 3- Relato a partir de una metáfora muerta
- 4- Narración a partir de un personaje creado en grupo
- 5- Versión de un texto poético.

La niñez perdida

Geraldine Arce

Mi nombre es Hansel. Vivo junto a un bosque muy grande con mi padre, mi madrastra y mi hermana Gretel. Somos una familia muy pobre, apenas nos alcanza para comer, aún soy pequeño pero puedo entender lo que sucede.

Mi padre es leñador, en este último tiempo no tiene tanto trabajo, hay momentos en que no puede ganar ni siquiera el pan del día.

A mi hermana y a mí nos costaba mucho conciliar el sueño, el hambre nos mantenía siempre desvelados.

Lo mismo le pasaba a mi padre, que preocupado sin saber qué hacer para mantenernos bien, no lograba pegar un ojo.

Una noche, otra de esas tantas noches que nos desvelaba el hambre, comenzamos a oír voces, era nuestro padre y madrastra

que mostraban una clara preocupación por nuestro futuro, no había dudas de que hablaban de nosotros aunque nunca pronunciaron nuestros nombres. Nuestra madrastra era muy malvada, no nos quería

y en sus planes a futuro nunca nos involucraba. En un momento oímos muy claro cuando ella le proponía a nuestro padre que nos abandonara en el medio del bosque, solo con un pedazo de pan.

En ese preciso momento, Gretel no pudo contener el llanto y solo me encargué de que se calmara.

-Calma Gretel, todo estará bien y nada malo nos pasará, confía en mí.- le dije para tranquilizarla. Dejé de prestar atención y solo hice que se durmiera para que no pensara en la terrible idea que se le había ocurrido a nuestra madrastra.

Después de un rato, no escuché más voces, todos dormían. Tomé un abrigo y salí al patio por la puerta trasera. Solo pensaba en qué podía hacer para que nada malo nos pasara. Miré al cielo, la luna brillaba como nunca y me sorprendió mucho. En el piso, unas piedras blancas que relucían como si fuesen de plata me llamaron la atención, no dudé y comencé recoger una por una hasta llenar mis bolsillos y volví a la cama a intentar dormir.

A las primeras luces del día, antes de que el sol saliera, mi madrastra comenzó a llamarnos.

-¡Vamos, holgazanes, levántense! Debemos ir al bosque a buscar leña- nos dijo dándonos en la mano un pedacito de pan a cada uno.

Hansel tomó ambos pedazos y los colocó en su delantal. Yo llevaba los bolsillos repletos de piedras, no había ni un alfiler más dentro de ellos. Emprendimos los cuatro el camino al bosque. Caminamos mucho, yo iba atrás de ellos y cada tanto me paraba a colocar como guía una pequeña piedrita blanca. Mi padre cada tanto

se daba vuelta y me advertía que camine más rápido sino alguna bestia saldría de entre los árboles.

Llegamos al medio del bosque. Mi padre, con voz un poco cansada por el largo camino que hicimos, nos ordenó recoger leña para poder encender un pequeño fuego así no pasaríamos frío y se hacía más cálida la espera ya que ellos irían a juntar leña y luego vendrían a buscarnos para la vuelta a casa. Al menos eso fue lo que nos dijeron, pero también sabíamos de aquel plan, así que no queríamos estar mucho tiempo allí. Pasaban las horas y papá no volvía, hacía un poco de frío, estábamos cansados, sin darnos cuenta nos quedamos dormidos.

Despertamos y ya era de noche, Gretel llorando me preguntó: -¿Ahora cómo saldremos del bosque?-

-Sólo espera un poquito más hermanita, deja que le luna brille, ya encontraremos el camino y saldremos de acá- le dije tranquilizándola.

La luna finalmente brilló, tomé de la mano a Gretel y emprendí el camino de vuelta guiándome con el brillo de cada piedra que había arrojado en el camino. Anduvimos toda la noche y por fin logramos llegar al amanecer.

Llamamos a la puerta y nos abrió nuestra madrastra, sorprendida y haciéndose la desentendida nos retó porque habíamos estado tanto tiempo en el bosque. En cambio mi padre sólo nos abrazó y mostró su alegría al vernos de nuevo.

Pasó un tiempo y la crisis volvió a tocarnos la puerta, ya no teníamos qué comer y volvía la preocupación. Así que nuestra madrastra sin dudar volvió a decirle a mi

padre que debía abandonarnos, era lo mejor, sino nos íbamos a morir. Mi padre, quien estaba enceguecido por esa mala mujer, nuevamente aceptó su propuesta.

Como la primera vez, esperé a que todos durmieran para ir en busca de las bellas piedras que habían salvado nuestras vidas. Pero cuando quise salir, la puerta estaba trabada. Gretel no dejaba de llorar, eso me preocupaba mucho así que solo la calmé hasta que se durmiera. No se me ocurrió nada, por más que pensara, no sabía qué hacer.

A la mañana siguiente, mi madrastra nos sacó de la cama y esta vez solo nos dio un pedacito de pan. Emprendimos el camino al bosque y otra vez yo iba atrás, no tuve mejor idea que comenzar a dejar migas de pan para marcar el camino. En esta oportunidad, nos dejaron mucho más lejos. No sabía dónde estábamos, pero podía darme cuenta de que caminamos mucho más que la primera vez. Nos dejaron ahí, volvieron a pasar las horas y el sueño nos venció nuevamente. Cuando despertamos solo tranquilicé a Gretel. -Espera un poco más a que la luna brille y encontraremos el camino que hice con las migas de pan-

La luna salió, quisimos emprender el viaje de regreso pero no había ni una miga; se las habían comido los pajaritos que volaban por el bosque. -Ya encontraremos el camino- le dije a Gretel.

Pero no lo encontramos. Caminamos toda la noche y todo el día sin lograr salir del bosque. Pasaban los días, y se nos hacía más difícil salir de ahí. Teníamos mucha hambre, solo habíamos comido en tres días algunas frutas silvestres que encontrábamos tiradas.

De repente oímos el canto dulce de un pajarito blanco que se posaba en la rama de un árbol, nos detuvimos a oírlo y una vez que terminó emprendió su vuelo. Comenzamos a seguirlo, hasta que llegamos a una casita, nos acercamos y vimos que estaba hecha de pan y cubierta de bizcocho, y las ventanas eran de azúcar. - ¡Qué bien! Acá podremos comer hasta llenar nuestras barrigas- le dije a Gretel sonriendo. Ella feliz comenzó a comer de donde podía y de repente oímos una voz suave que venía del interior de la casa, teníamos mucha hambre así que no prestamos atención y continuamos comiendo. Nos sentamos para comer más cómodos y se abre la puerta bruscamente, vemos salir a una viejita que caminaba ayudada de un bastón. Nos asustamos y soltamos rápidamente lo que estábamos comiendo, pero la viejita muy amable nos invitó a pasar a su casa, tomándonos las manos y asegurándonos que nada malo nos haría. Al entrar nos encontramos con una mesa llena de comida muy rica, leche, frutas, galletas. Después de llenarnos de cosas ricas, ella nos preparó dos camitas muy cómodas, creímos estar en el cielo.

La viejita aparentaba ser muy buena y amable, pero, en realidad, era una bruja muy mala que engañaba a los niños para cazarlos. Por eso se había encargado de construir esa casita con el objetivo de atraerlos. Cuando lograba tenerlos en su poder los mataba, los guisaba y se los comía; esto era para ella un gran banquete.

No sentimos nada raro, estábamos muy cómodos en aquella casita, teníamos comida en cantidad y una cama caliente donde descansar. Caímos rendidos en la cama, dormimos como dos angelitos. Sentí un sacudón,

creí que solo era un sueño, pero de repente me vi en el piso siendo arrastrado por la bruja mala. Me llevó a un establo y me encerró entre rejas, grité como nunca pero fue en vano, no podía hacer nada. Pensaba en que algo malo le pasaría a Gretel y yo no estaría para salvarla. Solo podía oír los llantos de mi hermana y los gritos de la bruja, pero no podía hacer nada. Gretel todos los días me traía comida exquisita hecha por ella, la idea de la bruja era engordarme para luego convertirme en su comida. Todas las mañanas venía la bruja a ver qué tan gordo estaba, como no veía mucho me hacía sacar el dedo entre las rejas para darse cuenta. Pero yo en vez de sacarle mi dedo, le sacaba un hueso, ella pensaba que realmente era mi dedo. Pasaron cuatro semanas y la bruja ya empezaba a sospechar, perdió la paciencia y escuché cómo le decía a Gretel que no esperaría más, que me iba a comer estuviera gordo o flaco. Me desesperé, pero era imposible poder salir de ese encierro, veía pasar a mi hermana con lágrimas en los ojos sin poder hacer nada. -¡Basta de lloriqueos!- le gritó la bruja; -de nada van a servirte-

Solo quería salir de ese encierro y poder escaparnos de la bruja mala. De repente comencé a escuchar lo que la bruja le decía a Gretel. Había puesto a calentar el horno, no sabía para qué era, no quería ni pensarlo.

-¡Debes entrar y fijarte si está caliente!- decía la bruja. -Solo quería saber qué era lo que pasaba y no poder saberlo me ponía muy mal. -No sé cómo hay que hacerlo- decía con voz angustiada Gretel.

Ya no sabía que pensar, creí que nunca más volvería a ver a mi hermana. Se escuchó un ruido muy fuerte,

como si cerraran una puerta de hierro y seguido muchos gritos desesperantes, no eran gritos de mi hermana, podría darme cuenta si era ella. Cada vez me sentía peor, estaba a punto de ponerme a llorar cuando veo entrar corriendo a Gretel. -¡Hansel estamos salvados; ya está muerta la bruja!- me dijo mientras me abría la puerta para por fin estar libre. No hice más que abrazarla, y prometerle nunca más dejarla sola.

Cómo ya nada teníamos que temer, recorrimos la casa de la bruja, y en todos los rincones encontramos cajas con perlas y piedras preciosas. No dudé en guardarme todas las que podía en los bolsillos, no se comparaban con las piedras que estaban en nuestro patio. Gretel también llenó su delantal de piedras. No perdimos más tiempo en esa casa embrujada y decidimos salir de una vez del bosque. Llegamos a un río, pero no teníamos forma de cruzarlo, solo había un pato y pensé que si le pedíamos ayuda podríamos cruzar el río. El patito se acercó muy amablemente y se dispuso a ayudarnos, me subí en él y luego lo hizo Gretel. Una vez que logramos cruzar, el bosque comenzó a hacerse más familiar, hasta que, al fin, descubrimos que a lo lejos estaba nuestra casa. Nos miramos y comenzamos a correr, entramos desesperados por ver a nuestro padre, lo abrazamos y comenzamos a llorar de felicidad. Él lamentó mucho habernos dejado solos en el bosque; y en cuanto a mi madrastra, había muerto.

Gretel volcó su delantal, y todas las perlas y piedras preciosas saltaron por el suelo, yo hice lo mismo. Por fin se acabaron las penas, y de ahora en más viviríamos felices los tres.

La familia Luz

Verónica Cabrera



La familia Luz vivía en un tubo y era muy especial, se alimentaban de bichos, jugaban con las sombras de las personas; pero nunca descansaban, su trabajo era alumbrar todo el día las habitaciones y el patio.

Lucio era el hijo mayor, un adolescente muy divertido aunque a veces un poco caprichoso.

Un día su mamá le dijo que vigilara el patio, mientras tanto ella iba a vigilar otra habitación.

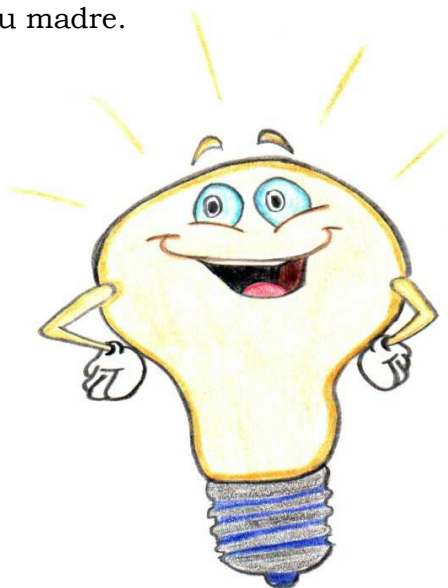
Lucio fue al patio y se encontró con un amigo, quien lo invitó a salir a jugar y él aceptó.

Cuando volvió a su casa, la mamá lo estaba esperando y él sorprendido no supo qué hacer. La mamá le preguntó dónde había estado y él, mintiendo, le contestó que había ido a la casa de su compañero para hacer una tarea de la escuela.

Al día siguiente, cuando Lucio llegó de la escuela, la mamá le revisó el cuaderno y encontró una nota de la maestra diciendo que no había hecho los deberes.

Como su hijo había hecho trampa, la mamá le impuso un castigo para que aprenda a no mentir. Le dijo que desde ese día iba a vivir en el patio.

Así pasaron días de lluvia, de frío y de mucho calor; su madre muy triste lo observaba desde la ventana. Hasta que un día salió al patio a buscarlo y le dijo que volviera a la casa. Desde ese día, Lucio aprendió a no engañar a su madre.



Un bebé difícil de entender

Fátima Cáceres Benítez

Quiero agradecer a mi marido por apoyarme siempre y dedicarle este cuento a mi hija , quien fue mi inspiración para poder realizarlo con mucho amor y cariño.

A veces la gente se hace problema por nada. El otro día me despierto porque papá se quejaba de haberse quedado dormido, por lo que estaba llegando tarde al trabajo, como si eso fuera lo peor del mundo, ¡por favor!, pero, claro, cómo voy a entender si solo soy una bebé como dice todo el que me ve, “qué linda bebita, cómo quisiera ser ella, no tiene ningún problema”.

Si supieran que eso no es así, yo también tengo mis conflictos, a veces este pañal me molesta y tengo que esperar a que alguien entienda lo que quiero decir para que terminen diciéndome:

-“¡Uy! Tiene el pañal lleno, Sofí por qué no avisas”. Yo estuve tratando de decirlo todo el tiempo. Parece que voy a tener que cambiar el “agu” o el “ajo” por otra palabra.

Hoy mamá se levantó de muy buen humor, puso un poco de música suave y está ordenado la casa, mientras yo la miro desde los barrotes de la cuna, me da mucha

flojera como para ir a ayudarla, ¡y sí!, yo también ayudo en casa, trato de cambiar de lugar mis juguetes para que se me haga más fácil agarrarlos, a veces me los dejan tan lejos que tengo que arrastrarme y con lo que me cuesta prefiero dejarlos cerquita. También separo los que más me gustan de los que no, pero creo que es otra cosa que debo cambiar porque tampoco me entienden muy bien, cuando algo no me gusta, lo tiro y agarro otro. Entonces la abuela me dice:

-¿Por qué lo tiras? - Yo la miro y pego un grito. A veces me canso de decir que no me gusta el mordillo rosa pero como soy una bebé no me entiende.

Después de un rato de verla ir y venir se da cuenta de que la estoy mirando y me saluda:

-¡Hola, Sooo! arriba que hoy viene el tío Blas a buscarnos así paseamos un rato. Mirá que también viene la tía Inés.

La verdad no presté mucha atención a quiénes venían pero al escuchar la palabra paseo levanté la cabeza y sonreí. ¡Qué alegría! me emocioné tanto que creo que mojé de más el pañal, hasta me pasé el boody, pero, bueno, por una vez que lo haga, total me tiene que cambiar la ropa para salir.

Más tarde mamá saca un yogurt de la heladera, me sienta en la silla y me da de comer, mientras ella almuerza. Se me ocurrió que podía ayudarla, entonces quise agarrar la cuchara y se me cayó un poco en la mesa. ¡Ups!, la miré de reojo y le hice una sonrisita como para ver si estaba todo bien, por el pequeño desastre que acababa de hacer.

-¡Ay, Sofi! ¡Mirá lo que hiciste! te vas a ensuciar la

ropa y te quedás en casa.- Dijo mamá con voz de disgustada.

Entonces me asusté un poquito, hasta creo que ensucié el pañal y no fue con pis casualmente. No me quiero perder del paseo por culpa del yogurt, la próxima no vuelvo a comer antes de una salida o mejor no intento hacer nada, mirá si me deja en casa de verdad.

Ya con un pañal limpio, la veo a mamá que se apura en terminar de alistar mis cosas en su cartera. ¡Qué alegría! eso quiere decir que estamos por salir; solo querría ver a mamá con el bolso puesto. Espero que no se olvide de mí, es tan despistada a veces, una vez salimos y se le olvidó los pañales, tuvo que salir corriendo del lugar donde estábamos para ir a comprar un paquete. Y ni hablar de la vez que se olvidó la SUBE y tuvimos que volver a casa a buscarla, y eso que yo se lo decía todo el tiempo, pero siempre entiende otra cosa.

Escuché que sonó el timbre y mamá contestó, ¡era la tía!, empecé a patalear para todos lados de alegría. Mamá me levantó y salimos, bajamos y desde adentro veo que estaba la tía parada en la puerta mientras que el tío esperaba dentro del auto.

Cuando salimos, la tía me saludó y me agarró. En eso, justo llega la vecina con la hermana y el sobrino; y se ponen a hablar las cuatro mientras el nene juega alrededor de ellas. Yo solo miro el auto preguntándome ¿cuándo íbamos a subir? La verdad me estoy aburriendo, no me interesa mucho saber la vida de mis papás, si yo los veo todos los días, es más, no sé de dónde sacan que no duermen bien o que no tienen

tiempo de hacer otras cosas, si cuando a veces me despierto de noche, ellos están roncando y, bueno, tengo que despertarlos porque me da un poquito de hambre o a veces porque me siento solita, o en el peor de los casos volví a ensuciar el pañal; no creo que por esas cosas la tengan que pasar tan mal, tampoco es que son todas las noches. Hay gente que se complica tanto, la verdad no los entiendo.

Por fin subimos, el auto empieza a moverse y yo feliz. Me acerco a la ventana y miro a los otros autos pasar, creo que me gusta mucho pasear en auto, más que salir en mi coche, no como la vecina que sale en el suyo y es feliz, yo también lo soy, pero, bueno, sobre gustos no hay nada escrito. Yo prefiero el auto del tío.

El tío estaciona; a mamá no le gusta mucho porque para bajar hay que correr la silla para adelante, a mí tampoco me gusta mucho eso, es medio raro, no sabía que las sillas se podían doblar para adelante. Lo intenté hacer la vez que volvíamos de la casa de la abuela Margarita, subimos al taxi y durante todo el viaje empujé la silla pero esta ni se movía, el taxista se reía.

-¿Qué querés hacer, bebita?- me preguntó. Yo no le hablé, una vez escuché que mamá le decía a mi prima Guada que a los extraños no hay que hablarles, entonces hice de cuenta que no lo escuché. Yo también soy muy obediente.

Después de bajar, fuimos por un camino lleno de pasto, se ve todo verde, unos árboles tan lindos que me dan ganas de tirarme de los brazos de mamá y correr por todo lados, entonces pensé en moverme como para que se diera cuenta de que tenía ganas de sentarme.

-Esperá, Sofí, que encontremos un lugar para que te pueda bajar.

Me dijo mamá mirándome a la cara.

Y bueno, no me queda otra que esperar a que encontraran “ese lugar”, no había casi nada de gente ¿Qué lugar tenían que buscar? Se complican tanto, no los entiendo.

Encontraron ese famoso lugar y nos pudimos sentar, caminamos más que la vez que mamá y papá se acordaron de que no teníamos el regalo de la abuela para el día de la madre, ¡Ah! Esa es otra cosa que no entendí, era el día de la madre, no de la abuela; pero bueno, no dije nada, total la plata es de ellos.

Mientras toman mate, yo me entretengo con mis juguetes, me tiro al pasto, giro de un lado a otro, me estiro. Mamá me dio unas galletitas, me las habré comido tan rápido que el tío me dijo:

-Parece que había hambre ahí- y la verdad que sí, solo ellos comían, no escuché que dijeran Sofía querés una, y tampoco quería ser atrevida y agarrar el paquete entero, aunque en varias ocasiones lo miré muy detenidamente con intensiones de comerlas todas. Ya se está haciendo de noche, y la tía dijo que teníamos que volver. A mí no me parece, yo estoy jugando y pasándola lindo. ¡Ufa! Puse cara de enojada pero creo que nadie se dio cuenta porque se levantaron todos.

Volvimos al auto y el tío puso la radio. Me acomodé en las piernas de mamá. De repente el auto dejó de moverse. ¡Epa! Levanté la cabeza como para ver qué estaba pasando. Podía observar unas filas largas de autos y camiones que estaban varados y no avanzaban

para ningún lado, empezaron tocar las bocinas, parecía la música que a veces ponen los vecinos y que no me deja dormir. Mamá propone tomar otro camino para poder salir de ahí, pero el tío no la escucha, ya que se puso hablar con el señor del auto que estaba al lado sobre el lio que había; ¡como si no estuviéramos viendo lo que pasa! me enojé y le eché un grito, mamá tenía razón, si tomábamos otro camino seguramente hacíamos más rápido.

El tiempo pasa y todos están quejosos y molestos. Vi cómo el señor que está en el auto del frente salía y agitaba la mano. Por un momento pensé que estaba en la cancha, el movimiento era similar, me pareció divertido y empecé a copiarle. Movía y movía mis manos como lo hacía el señor, hasta le agregué un cantito para que quedara más lindo; la tía pensó que estaba inquieta.

-Viste Sofí, no salimos más de acá, seguro querés llegar a casa, pobre ya estas cansadas-. Me decía moviendo la cabeza de un lado al otro.

¿Molesta yo?, si estoy lo más bien, no me molesten, gente complicada. Me estaba enojando pero justo por la radio se escucha que empieza a cantar Axel. Ese cantante me gusta, mamá siempre lo pone en casa y sus temas son bastante lindos, igual yo prefiero al sapo Pepe o al gatito Michu michu, pero de vez en cuando cambiar un poco no esta taaan mal.

Me quedé callada para poder escuchar mejor. Desde donde estoy sentada puedo ver las luces de los otros autos, y las de la calle. Creo que esto me está relajando un poco; las piernas de mamá son muy cómodas y más

cuando estamos viajando y más aún, cuando escucho canciones como estas.

De repente oigo la voz de papá. ¿De papá?, ¿Qué hace papá acá? ¡Ah! no, ya estamos en casa, al final hicimos rápido, hace un ratito estábamos en el auto, en medio de los camiones y las luces. Tanto que se quejaban, si se hubieran relajado como yo, ni hubieran sentido el viaje.

Con todo lo que pasó hoy, creo que voy a tener que cambiar las tácticas y empezar hablar como ellos, capaz así sí puedan saber qué es lo que quiero realmente, o me puedan entender y hasta los ayude con sus problemas. Yo que quería esperar un par de meses más para poder decir palabras sueltas, me voy a tener que adelantar y hacerlo antes de cumplir el año. Sino la casa se va venir abajo. Estas cosas son las que agotan de verdad.



Llegar a la conquista

Julieta Ayelén Carabajal

Un día, Gabriel estaba pensando cómo conquistar a una amiga llamada Flavia. Se imaginaba miles de maneras para hacerlo. Llegar con un carro con caballos blancos y lleno de rosas para ella, él vestido con un traje muy fino, pero piensa y se dice a él mismo:

-¡Que loco! Cómo voy a regalarle tantas rosas si ella es alérgica a las rosas y capaz el caballo le da miedo.

Pero no dejó de pensar de qué manera podía conquistarla. Siguió imaginándose y al ver a un muchacho en la calle con un sobretodo de color beige, una caja de bombones en forma de corazón y un perfume muy agradable, se imaginaba que era él yendo a conquistar a Flavia.

Entonces siguió caminando mirando las vidrieras con los sacos similares al del muchacho de la calle, cada local tenía un precio más alto que el anterior. Se decía “bueno el saco no lo uso, no puedo pagar uno de esos”. Al rato fue a ver si conseguía los bombones, nuevamente le pasa lo mismo, con costos muy elevados.

-Bueno me queda por ver el perfume. -

Pero no lo decía muy confiado. Se acerca a la perfumería y encuentra uno que tenía un aroma muy

elegante, la empleada que lo atiende le comenta que tiene un 70% de descuento si lo compraba en ese momento. Sin pensarlo dijo que sí. Pagó el perfume y se fue muy feliz a buscar a Flavia. Mientras caminaba, sacaba cálculos del precio del perfume y al parecer no había sido el 70% el descuento sino el 35%:

-¡Uy! ¿Qué me pasa que no puedo ni hacer un cálculo? Le hubiese comprado los chocolates. Bueno, espero que le guste mi aroma.-

Se acercó a la casa de Flavia para proponerle, al no tener plata, dar un paseo por su barrio. Pero Flavia no se encontraba, tenía clases de danzas y hasta las diez de la noche no regresaba. Gabriel se va un poco triste a su casa, pero esperó que se hicieran las diez de la noche para llamarla por teléfono.

A las 22:01 hs llamó a la casa de Flavia, y por suerte atendió ella.

-¿Hola, Flavia?

-¡Gaby! ¿Cómo estás? Te estaba por llamar, papá me contó que viniste a verme, pero ya había salido para la clase. Tuvimos una clase muy cargada, en dos semanas hacemos la presentación en el Teatro Guevara, me imagino que vas a venir ¿no?-

-Sí, claro que voy a ir. Sabés, quería hacerte una pregunta, ¿mañana estás ocupada? Tenía ganas de ir a dar un paseo por el parque y no andar solo porque a veces se torna aburrido, ¿venís conmigo?-

Flavia se quedó pensando en todo lo que iba a hacer al día siguiente, le mencionó que tenía que ir a ver unas telas para su nuevo vestuario, a lo que Gabriel le dijo que la acompañaría sin dudarlo.

Al día siguiente, Gabriel, muy contento, se levanta

pensando qué hacer para llegar a conquistar el corazón de Flavia.

Era un día soleado en el barrio de Palermo por eso Gabriel con Flavia fueron a pasear. Primero a ver las telas y probarse un par de vestimentas, en un lugar que les había comentado su profesora de danzas, a ella y a sus compañeras.

Ella le contaba todo lo que hacían en la clase, y que tenía muchas emociones por la función, nervios, ansiedad, etc. ya que cada vez faltaba menos.

Realizaron un largo camino. Al darse cuenta, estaban cerca del zoológico, pero lo raro era que había mucha gente gritando, desesperada y corriendo para todos lados. Había un camión de bomberos, patrulleros y ambulancias, pero ellos no entendían. Cuando le preguntaban a la gente no contestaban, solamente gritaban. ¿Qué fue lo que sucedió? De repente ven a los animales salir por la puerta del zoológico, Flavia con cara desesperación no sabía qué hacer al ver que se acercaban los elefantes, lo peor de todo era que había perdido de vista a Gabriel. Cuando lo encuentra, estaba muy lejos debajo de un elefante a punto de eso. ¡Sí, de eso! de hacerle pis en la cabeza. Gabriel no podía salir de debajo y cuando lo logró, ya estaba meado por un elefante.

Flavia al ver así a Gabriel, no sabía cómo reaccionar, si tratar de ayudarlo o irse por la vergüenza, pero no quiso pasar un mal momento delante de tanta gente ya que capaz se encontraba con algún conocido y se fue dejándolo solo. Gabriel pensaba: “Estuve a punto de besarla y este elefante viene a mearme”.

El mundo de Rodolfo

Sabrina Calvaroso Nogales

Mi nombre es Rodolfo y no soy como las demás personas, soy distinto a todos. Vivo en una paleta de pintor y soy todo rojo así que, imagínate, mi estatura no es normal, soy una miniatura. Vivo al lado de Azulina, mi hermosa novia, y cuando nos besamos me pongo violeta no sé bien por qué, ¿será que ese es el color que uno se pone cuando está enamorado? Al otro lado vive Amarillento, es mi amigo de toda la vida, siempre que lo saludo va cambiando todo. A mi paso voy dejando huellas de colores en cada casa que visito. Mi gran sueño es que un artista reconocido pinte conmigo, sería un honor que use de mi la pintura para pintar, yo seguiría con mi trabajo que es pintar cuadros lo cual me hace muy feliz, me encanta pintar.

Igual hay varias cosas que a las personas como yo nos juegan en contra, por ejemplo no me puedo bañar porque si me mojo mucho me disuelvo y puedo llegar a desaparecer y si tomo mucho sol me puedo llegar a secar y ponerme duro como una roca, pero dentro de todo soy muy feliz acá en mi mundo de la paleta.



Que no se apague

Daniela Cerruti

*Con todo cariño a mi familia y a Nicolás
que siempre me ha brindado su apoyo en
todo momento.*

*También se los dedico a todos los
lectores amantes de la aventura,
confiando en que disfrutarán con el viaje
de la imaginación.*

Hola, me llamo Lucio, soy un foco de luz y tengo aproximadamente unos tres años. Mi misión es alumbrar el patio de la familia Giurcovich.

La verdad no me quejo. Bueno, en realidad nunca me quejo porque nadie me escucha, pero ese es otro tema.

Me gustaría contarles mi historia, para que alguien entienda mi situación.

Los Giurcovich nos compraron a mi familia y a mí en un supermercado. Todos estábamos muy felices porque



nadie nos iba a separar, pero cuando llegamos a la casa, los dueños comenzaron a seleccionar en qué lugar ubicarnos a cada uno. A mi madre la pusieron en el living, a mi padre en el baño, a mi hermano mayor en uno de los cuartos, y a mi hermano menor en la cocina; pero la sorpresa mayor me la llevé cuando me pusieron en el patio de la casa. Todos estaban adentro y yo estaba afuera. Nunca pensé que yo sería el más perjudicado. No me da miedo decirlo, no me gusta estar aquí afuera.

Estoy muy agotado, no duermo nunca, trabajo todo el día, y no tengo una llave para apagarme. Cuando me reuní con mi familia antes de que nos vendieran, todos me decían que me esperaba una vida mejor, que iba a conocer otras lámparas como yo, que me iba a llenar de amigos, y que iba a tener mucho para comer. Esto último es verdad, porque aquí afuera la comida nunca falta, los bichos que son mi plato preferido, están siempre a mi alcance. Pero eso de tener amigos, de conocer a otras lámparas. ¡Eso es una mentira! Aquí afuera me encuentro solo, no tengo con quién conversar, no tengo a quién contarle todos los secretos de la gente que pasa por aquí. Me siento muy solo y tengo mucho calor; sinceramente todo esto me hace enfadar mucho, por eso últimamente no dejo que nadie me toque porque lo quemo o le doy patadas; yo pienso que esos impulsos surgen porque ya estoy cansado y pasado de energías con todo esto. No me gusta estar aquí afuera. Extraño a mi familia, quiero verlos, charlar con los míos, poder apagarme y descansar al menos un rato. ¡Siento que todo es una tortura! Quisiera saber

cómo están, qué hacen, cómo les está yendo, qué tal los tratan allá adentro, que me cuenten qué se siente dormir, saber si están bien alimentados, o si comen otra cosa que no sea bichos.

Muchas veces me pregunto: ¿será que hice algo malo para merecer esto?, ¿será que me vieron feo y por eso me pusieron aquí?, o ¿será que era el que más iluminaba de todos y por eso me dieron este lugar?

Pienso que no he sido una mala luz, siempre he hecho lo que los Giurcovich quieren que haga, que en realidad para ellos no es mucho más que iluminarles el patio, y bueno quizás también permitir que los niños jueguen con sus sombras gracias a mi luz; pero mucho más no puedo hacer. Soy alguien estático la mayoría del tiempo. Sólo cuando hay baja tensión produzco intermitencia, pero ¿a ustedes les parece que eso podría haberlos enfadado?

Yo creo que no ¡todas las luces hacemos eso cuando hay baja tensión! Pero bueno, nunca se sabe.

Puede ser que todo esto se deba a que cuando era chico, muchas veces no hacía caso a las cosas que mis padres me pedían o aconsejaban cuando estábamos en el supermercado. Porque siempre ellos trataban de que no nos llevaran a todos por separados. Continuamente buscaban la manera de que no nos separaran; y lo “lograron”, finalmente nos compraron a todos juntos. Pero la mayor parte del tiempo, yo ponía en riesgo todo por mi falta de obediencia. Quizás por todo eso hoy estoy aquí, porque no he sido obediente con mis padres. Pero no sé, esto me parece una locura, porque esas son cosas que uno hace cuando es chico, sin medir las

consecuencias.

Así que la verdad no entiendo, estoy muy confundido y triste, ¡no sé a qué se debe esta tortura!

Siento que de a poquito mi luz se va apagando, la electricidad ya no me alcanza para mantenerme encendido. Me siento débil, mi energía no es la misma y por momentos todo se vuelve oscuro.

Por eso escribo estas letras, para que alguien me escuche, comprenda mi situación y sepan que las luces también tenemos sentimientos, necesitamos que nos cuiden, que entiendan que nuestra energía no es infinita, llega un momento en que necesitamos apagarnos, descansar.

Hablo y me expreso por todas aquellas luces que hoy callan y que han callado, que no tienen la posibilidad que hoy se me ha presentado a mí de decir y contar nuestra situación.

Necesitamos que nos cuiden, que se interesen más por nosotros, porque somos quienes iluminamos sus hogares, negocios y jardines todos los días para que puedan estar más cómodos y realizar sus tareas correspondientes.

Bueno, la verdad ya no sé qué más decir, creo que a través de estas palabras he tratado de comunicarme con ustedes expresando lo que hace tanto tiempo nos aqueja a todas las luces del mundo. Ahora me despido porque me estoy quedando sin fuerzas, y espero que no sea demasiado tarde, y que cuando vengan por mí, aun esté encendido.

FIN

Una cuestión de cables

Marcela Conte

"A la materia" (Literatura en la Educación Inicial)

Estaba tan nublado que el jardín parecía de noche. A pesar de lo temprano que era, apenas las cinco de la tarde, a Pedro no le quedó otra cosa que encender las luces. Todas se iluminaron excepto una ¿Qué pasa que esta no quiere encender?, pensó.

Pedro se acercó y le preguntó ¿Qué te pasa Lucio?

-Estoy mal, me duelen los contactos, el cable azul no quiere unirse al cable del portalámparas y al no hacer contacto me deja apagado y triste, ¡como si yo no quisiera iluminar mis ojos y hacerle titilar mi corazón a Lucita!

-Está bien, Lucio, yo te arreglo el asunto pero tenés que procurar encenderte cuanto antes.

Después de un largo rato, Lucio se iluminó y ¡oh! Qué grata sorpresa, Lucita se había acercado a Pepito porque estaba muy apenada.

-¡Lucita! ¡Qué haces allí! – preguntó Lucio muy enojado.- Ahora mismo le pido a Pedro que me cambie de lugar.

Por esas circunstancias Pedro necesitaba luz en otro sector de la casa.

Pasaron algunas horas y la lluvia se hizo sentir, levantó tanta temperatura que mi corazón no soportó y volví lentamente apagarme.

Pedro se enojó conmigo y sentenció: - Lucio, o te enciendes o te cambio por Pepito- y así fue como regresé a mi lugar y de vez en cuando le guiño el ojo a Lucita.



El vestido de seda que no fue

Ornella La Ferraro

*Se lo dedico a Cielito, mi mamá, y a mi
hermanito Lucas, los pilares que refuerzan
mi amor hacia la profesión docente.*

Era la primavera del 98 y se venía la fiesta de mi tía Marta, entonces mamá, que era la encargada de hacer los vestidos para mis hermanas, estaba necesitando tela de seda, y justo no tuvo mejor idea en pedirme a mí (que no entendía nada de telas, ni de costurería y no sabía poner un botón) en decirme que comprara cinco metros de seda. Le pedí que me escribiese lo que necesitaba en un papel, así no había problemas, luego, salí de casa y caminé dos cuadras hasta la local. Allí el señor del negocio me atendió muy bien, le di el papel que mamá me había escrito, se dirigió al fondo y volvió con una caja y me dijo que el pedido estaba adentro. La caja tenía unos redondeles pequeños en los costados y estaba cerrada completamente así que no podía revisarla, pero tampoco desconfié. Le pagué y me fui.

Al llegar a casa, le entregué la caja a mamá y esta, al abrirla, pega un grito: -¡Ahhhh aquí adentro de la caja hay un perro! Mis hermanas y yo corrimos enseguida al

living y efectivamente, había un hermoso cachorro. Mamá estaba furiosa, pero no conmigo, sino con el señor de la tienda. Me tomó de la mano y con la otra llevaba al perro. Nos dirigimos a la tienda. Mientras caminábamos las dos cuadras mamá decía: -Este hombre me va a escuchar, ¿Quién se cree que es? mal educado, estafador.

Al llegar a la tienda, que por cierto estaba llena, mamá le pidió explicaciones al señor aunque este no sabía qué decir y juraba que había puesto seda en la caja, eso hizo que mamá se pusiera más furiosa todavía y empezó a gritar:-Usted me estafó y ahora se hace el desentendido, (se dio vuelta y empezó a gritarle a la gente que estaba en la tienda) -¡NO COMPREN EN ESTA TIENDA PORQUE A MI ME METIERON EL PERRO!¡EN ESTA TIENDA TE METEN EL PERRO! ¡Nunca más compraré en este lugar! y así nos retiramos.

Al llegar a casa, con mis hermanas le pedimos mamá que queríamos quedarnos con el cachorro. Mamá accedió.

Al mes teníamos la fiesta y por no tener la tela de seda no pudimos ir pero lo bueno fue que teníamos perrito para jugar y cuidar.

Mi amigo Rodolfo

Macarena Leyes

Nunca había visto nada parecido, sí esa película en la que los muñecos cobran vida cuando su dueño no está, pero esto de que mis témperas estén vivitas y coleando hizo que me llevara una gran sorpresa.

Al principio creí que era un sueño... Mejor les cuento bien todo desde el comienzo.

Yo venía de jugar a la pelota con mis amigos, como todos los sábados. Mi mamá me esperaba con la merienda, esta vez había hecho bizcochuelo con dulce de leche y chocolatada.

Cuando terminé de merendar, subí a bañarme y me puse a buscar la ropa en el placard que está al lado de la puerta de mi habitación. Empecé a escuchar voces muy agudas que venían de mi cuarto. Lo primero que pensé fue llamar a mi mamá, pero no, decidí ser valiente y entrar cuidadosamente, total ¿Qué podría ser? Con esas vocecitas seguro era algo pequeño.

Así que entré, en puntitas de pie obvio, para que no me escuche y abrí la puerta, miré para un lado, para el otro, pero no había nada. No podía ser porque seguía escuchando las voces ¿O me había vuelto loco? No, para nada.

Decidí seguir el sonido, como me había enseñado la seño de música, y este me llevó a mi paleta de colores. Fue entonces cuando me quedé helado, como dice mi abuela, no podía creerlo, vi como entre el color rojo y el azul había dos pelotitas de pintura, una de cada color, hablando entre ellas. Estaban agarradas de las manos, charlando de lo que podrían hacer a la noche cuando yo bajara a cenar. En ese momento me puse a pensar, ¿Por qué se esconden de mí? Si no soy malo ¿Me tendrán miedo? Así que decidí toser para que noten que estaba ahí, pero no me fue muy bien, porque salieron rodando rápidamente cada uno a su color y desaparecieron como por arte de magia.

Tomé un papel y les escribí una notita para que la vieran cuando me fuera a bañar. Esta decía así: “Mis queridas tēmperas, yo soy bueno, no sé por qué se esconden de mí, me gustaría jugar con ustedes, no voy a decirle nada a mamá. Teo, su dueño.”

Entonces le dejé esa mínima nota y me fui a bañar.

Habré tardado cinco minutos nada más, nunca tardé tan poco, mi mamá no lo podía creer. Salí del baño y fui directo a mi habitación, pero la notita seguía donde la había dejado y no quedaba rastro de que alguna tēmpera la hubiera visto o algo.

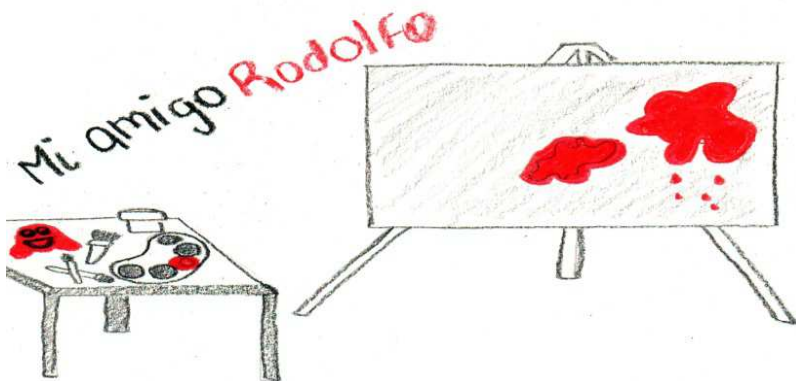
Estaba peinándome frente al espejo, cuando de repente siento un “chist chist”, y rápidamente miré hacia mi paleta de colores. Era una pelotita roja hecha de pintura, con ojos, brazos, piernas, nariz, boca y oídos.

“¡Hola!” le dije muy entusiasmado, y el hombrecito de pintura me saltó a la mano y fue rodando hasta mi

hombro dejando todo un rastro rojo a su paso, como hacen lo caracoles.

Comenzó a hablarme, me contó que se llamaba Rodolfo y que desde que mamá me compró la paleta para que ponga mis témperas, él y sus amigos viven ahí. Fue en ese momento cuando se me ocurrió una súper idea, podría hacer un cuento sobre mi amigo Rodolfo, pensé que mamá podría leerlo y mostrárselo a su amiga, la que hace que los cuentos sean famosos y así todos creerían que tengo una maravillosa imaginación, ya que creo que nadie tiene amigos hechos de pintura.

Entonces lo hablé con Rodolfo y él estuvo muy contento con la idea. Decidimos que él iba a hablar con sus amigos para que sigan haciendo su vida sin esconderse y yo me sentaría a observarlos. Fue maravilloso.



Vivian como nosotros, cada hombrecito en su color, eran todos muy buenos vecinos.

Rodolfo era vecino de Azulina, ellos eran novios. Era muy lindo ver cuando se daban un beso, porque los dos cambiaban a color violeta, igual que cuando se visitaban entre ellos, según la combinación de colores se transformaban en otro.

Un día, mientras charlaba con Rodolfo, noté que cuando los mojaba se diluían y quedaban de un color más claro, pero si los dejaba mucho tiempo sin usar, se ponían muy duros y podían quebrarse.

Alguna vez mi amigo Rodolfo me había dicho que su sueño era que un pintor reconocido pintara con él, y tanto me enseñó de pintura que acá estoy, en mi atelier haciendo cuadros para la exposición de mañana.



El viejo Lucio

María José Padín

Este cuento está dedicado a mi familia y mis amigos que son las personas que día a día me apoyan en todos mis proyectos.

Hola, yo soy un tubo de luz y por lo que he escuchado, en esta casa me llaman “Lucio”. Pero... ¿Desde cuándo le ponen nombre a los tubos de luz? El tubo de la cocina no tiene nombre, y el del baño tampoco, y el del living y el de las habitaciones, menos que menos. ¿Por qué yo sí?, no sé si será bueno o malo pero estoy seguro de que los tubos de luz no tienen nombre.

Les voy a contar mi historia... Hace mucho tiempo, cuando los Arrieta se mudaron a esta casa, me trajeron a mí y a mi familia de tubos. Nos empezaron a colocar en distintos lugares y a mí, como era el más grande, me pusieron en el patio. Desde ese día, por mucho tiempo, estuve muy lejos de mi familia. En realidad, como dije antes, estábamos en la misma casa, pero yo era el que estaba más alejado de todos.



Mi hermana tuvo suerte, fue a parar a la cocina, donde puede disfrutar de todos los olores exquisitos de la comida recién hecha, y a mi prima le tocó el living, así que siempre puede ver la televisión y todos los partidos que a mí me encantaría ver. Mis dos sobrinos están separados en distintos dormitorios, y al único que compadezco es a mi tío que pobrecito, le tocó el baño. Lo que tienen de bueno es que todos ellos poseen un interruptor para apagarse y prenderse cuantas veces quieran los dueños y así pueden descansar de a ratos. Pero yo no tengo interruptor, siempre estoy iluminando. Creo que mi interruptor se rompió hace varias semanas y desde esa fecha, tengo tarea para todo el día. Alumbro mañana, tarde y noche, sin descanso. Me mojo cuando llueve y me muero de calor durante el día. Lo peor es que me tengo que conformar con comer cualquier tipo de bicho que pase cerca de mí.

A veces estoy tan cansado, que si pudiera le haría un interrogatorio a la familia Arrieta. Habiendo tantos lugares en la casa ¿Por qué me tocó la peor parte a mí? ¿No nos pueden rotar cada tanto? ¿No pueden, aunque sea, arreglar mi interruptor? Si ellos tienen francos en el trabajo ¿Los tubos de luz no podemos tenerlos también? Esto es un trabajo para mí.

Encima en verano, cuando es Navidad y Año Nuevo, tengo que soportar que festejen en el patio y que el tío Arrieta se ponga borracho y me tome como el blanco para descorchar y todos los corchos terminen encima de mí. Es muy gracioso para ellos, pero, por si no lo sabían, a mí me duele.

Un día, ya cansado de todo el trabajo que tenía, hice

un piquete y me empecé a apagar de a poco y todos los días un poquito más. En realidad funcionaba lo más bien, pero quería descansar y esa era la única manera. Gran sorpresa me llevé cuando trajeron un tubo nuevo y a mí me sacaron. Ese día conocí por primera vez la oscuridad, no pensé que era tan fea. No sé cómo explicarles lo que sentí en el momento en que me tiraron a un costado de la cocina y pusieron el tubo nuevo en el patio. Me puse celoso, como si la familia Arrieta me estuviese engañando con otro tubo que era mucho más joven que yo y era obvio que iba a funcionar mejor. Pero yo funcionaba bien, simplemente estaba cansado. No sabía qué iban a hacer conmigo, hasta que “se me prendió la lamparita” y me di cuenta de que me iban a tirar a la basura ¡Oh, no, ese sería el peor de los castigos!

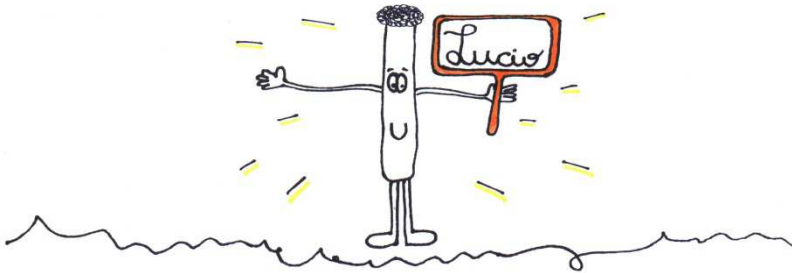
Así que como me dejaron unos días dentro de la casa, se me ocurrió un plan magnífico. Me comuniqué intermitentemente con mi familia de tubos y les pedí que por favor un día que esté toda la familia junta, hagan un pequeño corto circuito para que salte la térmica. Al poco tiempo lo hicieron, la familia subió la térmica y listo. Claramente no salió como yo esperaba, pero esto lo repitieron cuatro veces más durante una semana, hasta que la mamá Arrieta dijo “Desde que pusimos el tubo nuevo afuera salta la térmica muy seguido. Lo tendríamos que sacar y poner el tubo viejo hasta que podamos comprar otro”. Nos les alcanzaba con ponerme un nombre horrible como Lucio, que ahora también me decían “Viejo”, qué desagradecidos.

Sin más pérdida de tiempo, sacaron el tubo nuevo y

me volvieron a poner a mí. Por fin había regresado a mi lugar y no me tirarían a la basura porque les iba a demostrar que funcionaba muy bien.

Puede ser que haya hecho trampa para volver a mi lugar y también puede ser que siempre me queje de mi trabajo, pero esos días que estuve tirado en un costado de la cocina y sentía que no servía para nada y encima me trataban de “Viejo”, fue lo peor que me pasó. Desde ese día no paré de trabajar y los Arrieta están en busca de un electricista para que arreglen mi interruptor. Espero que nunca más me saquen de acá y tampoco me volveré a quejar.

Esa fue mi historia, ahora los dejo que me voy a seguir trabajando y alumbrando muy bien el patio de la familia porque en un rato van a festejar un cumpleaños.



Había una vez un enanito gruñón

Florencia Pérez Fernández

A Laura Di Marzo por generarnos confianza y apoyo para escribir, gracias a ella todo esto es posible. Y a mis amores Juan Manuel, Joaquín y Esparta que me apoyan en todo.

Una espantosa tarde de primavera, muy soleada, llena de mariposas y animalitos alegres, iba caminando por el bosque cuando de repente escuché un sonido que me llamó la atención.

Miré a mí alrededor y no vi a nadie. De nuevo el sonido “zas pum” pero esta vez pude ver una silueta entre las hojas, era una niña terriblemente grotesca, con la piel blanca, los cachetes colorados y el pelo negro como el carbón. Estaba sollozando, me acerqué lentamente intentando no ser escuchado pero como tengo tanta mala suerte me escuchó. Se dio vuelta y me miró sorprendida, frotándose la cara tratando de esconder sus lágrimas me preguntó: - ¿Cuál es tu nombre?

Yo intenté escapar pero fue inútil, me tomó del brazo - Soy Gruñón- le contesté de mala gana.

¡Qué suerte la mía! -dije entre dientes, refunfuñando

¡A mí me tenía que pasar encontrarme con una niña

y para colmo con intenciones de hablar ¡qué desgracia!

A esa altura ya no tenía opción, me obligó a sentarme junto a ella y comenzó a contarme su historia. Qué historia más larga y más aburrida, ¿no se da cuenta de que no me importa?

En fin, resumiendo la cosa es así: su mamá se murió y quedó sola con el padre, quien se casó con una mujer muy malvada y luego murió dejándola sola con esta.

Su madrastra tenía un espejo mágico al que todos los días le preguntaba: -¿Quién es la más hermosa del palacio?

A lo que el espejo contestaba – Usted, bella reina.

Pero un día la respuesta fue diferente. Ese día el espejo dijo: - Blancanieves es la más hermosa, ¡para qué! la reina se puso furiosa, casi rompe el espejo y la mandó a matar.

A todo esto, qué ridiculez que una señora grande escuche a un espejo, pero bueno, son cosas que pasan. En ese momento me di cuenta, los ruidos que había escuchado fueron del forcejeo de Blancanieves con el cazador quien era el encargado de matarla, pero que no se animó y ahora por su culpa tengo que soportar toda esta charla.

No sé si será porque a esa altura ya estaba molesto, cansado, agobiado de tanta historia y llanto, que sin querer invité a Blancanieves a mi casa.

Yo vivo con seis enanitos más, muy tranquilos en el bosque hacemos las cosas a nuestra manera, pero parece que a la señorita no le gusta nada, porque desde que llegamos no para de criticarnos.

Que dejamos las medias tiradas, los platos sucios, las

camas sin hacer. De haber sabido hubiera ido por otro camino al bosque o lo hubiera ayudado al cazador.

Luego de varios días de martirio junto a esta señorita, ya me quería escapar.

Pero por suerte, no sé cómo sucedió, un día llegamos con mis amigos los enanitos y la encontramos muerta en el suelo. Como los demás la veían tan hermosa, realmente no entiendo porqué, le hicieron un cajón de cristal para que puedan contemplarla y visitarla.

Según me contaron, unas semanas después un príncipe fue a visitarla, lo embelesó su belleza y la besó. En ese instante, Blancanieves revivió y se enamoró del príncipe con el que vive hasta el momento. Menos mal, porque ya me tenía agotado tanto alboroto, los enanitos se la pasaban el día lamentándose por lo que le sucedió a la “pobre” Blancanieves. ¿Quién me mandó a mí a encontrarla?



El detrás de escena de la historia de Cenicienta

Cynthia Mercedes Savarro

Nuestra madre no puede tener tan mal tacto con los hombres, casarse con un labrador. Por lo menos nuestro padre era dueño de una tienda de ropa. Lástima que la misma quebró porque la gente del pueblo dejó de comprar ropa de diseño, porque el auge pasó a ser la ropa de marca.

A papá le agarró tal estrés y depresión por esta situación que terminó matándose. Mejor, para qué lo queríamos si no era para que nos diera plata para darnos nuestros gustos, ni un mísero dinero nos pudo dejar de herencia ese viejo tacaño.

Cuando nuestra madre nos contó que había conocido a un hombre maravilloso con el cual se iba a casar, pensamos que se trataba de un rey, dueño de un palacio con muchas hectáreas de tierras, amplios dormitorios, piscina, un baño gigante equipado con lo último. Luego de que nos contara la noticia le preguntamos a qué se dedicaba, nos dijo que él era un simple labrador y que tenía una hija. Al enterarnos de esto nos quisimos morir, ¿una hermana más?, jamás la vamos a considerar como nuestra sangre y le haremos la vida imposible, le obligaremos a que realice todas las

cosas de la casa y que todos los días limpie los pisos.

Nosotras no queremos prejuizar a nadie sin primero conocer, pero estamos preocupadas por nuestro futuro, porque si no pensamos en nosotras, ¿quién lo hará?

Margot:-¿Me podés decir, Greta, qué le vio a este hombre en nombre del buen gusto?

Greta:- No sé hermana mía, pero algo tenemos que hacer, esto no puede seguir así.



¿Qué nos va a dejar la nueva conquista de mamá cuando fallezca?, ¿Un campo para que nosotras lo trabajemos?, ¡qué horror!, ensuciarnos las uñas. Ninguna mujer de nuestra familia trabajó jamás, nosotras no vamos a ser las primeras. No señor, no vamos a permitirlo, que trabaje Cenicienta, para algo tiene que ser útil.

Después nuestra madre se queja de que somos unas inútiles Margot, ya va a ver de los que estas ineptas somos capaces y ay de ella que nos venga a pedir que la llevemos a vivir con nosotras cuando nos casemos con nuestros príncipes, con todo lo que nos hizo vivir no se lo merece.

Margot:- Pero, Greta, hay que pensar que ella hizo lo que pudo tratando de darnos lo mejor, después de todo de nosotras tres es la menos inteligente. Somos inteligencia pura.

En fin, nuestra madre no pudo cumplir su sueño de casarse con un príncipe y ser reina de una comarca, pero nosotras sí, ya van a ver las muchachas del pueblo que siempre se burlan diciendo que somos feas, quien ríe último ríe mejor...ja, ja, ja.

Le vamos a decir a nuestra hermana que nos prepare unas máscaras faciales, de esas que te dejan como nueva la cara sin una arruga, impecables. Por lo menos que sirva para algo más que para hacer las cosas de la casa, luego nos vamos a comprar unos cuantos vestidos y vamos a contratar a la mejor peluquera para que nos arregle el cabello, total nuestro padre trabaja para darnos todos los gustos, somos sus hijas.

Greta:- ¿Qué estará haciendo nuestra hermanastra?

Andá a ver Margot...

Margot:- Porque tengo que ir siempre yo...

¿Qué hacés durmiendo?, ¿quién te dio permiso de descansar, ¡A laburar!, hay mucho trabajo por hacer, pero primero lavate la cara que la tenés llena de ceniza. No por nada te llamamos Cenicienta, si te encanta estar entre las cenizas, toda roñosa como la servidumbre.

Igual, así y todo, ¡qué suerte tener una hermana menor que haga los quehaceres de la casa!, así tenemos tiempo para salir con amigas, leer revistas, ir de compras, embellecernos, porque cuando menos una se lo espere puede aparecer un príncipe azul.

Un día, paseando por la plaza del pueblo, vimos un tumulto alrededor y no pudimos evitar la curiosidad de escuchar. Eran los mensajeros del rey que habían venido al pueblo a comunicar un anuncio: se iba a realizar una celebración en honor al príncipe que llegaba.

Al enterarnos pensamos: ¡Qué excelente oportunidad para encontrar a nuestros príncipes azules, para que nos saquen de este lugar y vivamos la vida que merecemos!, no seguir viviendo en esta pocilga.

Greta:-Tenés razón hermana, hay que poner en marcha el plan “conquistar a los príncipes”, es nuestra oportunidad de conocer millonarios y poder ser herederas de una fortuna, y cuando la tengamos, vamos a vivir a lo grande como siempre debió haber sido. ¿Ya estás lista?

Margot:- Sí.

Greta:- Bueno, vayamos a la fiesta entonces.

Cenicienta: -Esperen, hermanas, faltó yo.

Greta: - No pretenderás ir a la fiesta, ¿no?

Margot: - ¡Estás loca!, no puedes ir, te quedarás aquí limpiando la casa.

Margot: - ¡Esto es un embole!, no puedo conseguir que ningún chico converse conmigo o me saque a bailar.

Greta: - Hay que emplear otras estrategias.

Margot: - ¿Quién es esa muchacha que viene allí, Greta?, nunca en mi vida la vi.

Greta: - No sé, hermana, pero si no hacemos algo se lo lleva al único príncipe de la fiesta, que es el organizador de la celebración.

Margot: - ¡Príncipe!, ¡príncipe!

Príncipe: - ¿No ves que estoy ocupado? Acompáñame, muchacha, que quiero conversar contigo a solas afuera.

Greta: - No puede ser, ¿qué tiene ella que no tengamos nosotras?

Margot: - Ahí regresan, ¿qué estuvieron haciendo tanto tiempo afuera?

Greta: - Mira, ahí se va corriendo, ¿qué le pasa?, ¿se le va el tren?

Margot: - Vámonos a casa, ya estoy cansada, llamemos a mamá.

Días después, tocan a la puerta, nuestra madre atiende, era un caballero del príncipe con un zapato de cristal, dijo que el príncipe estaba buscando a la dueña del zapato, la afortunada se casará con él.

Caballero: - A ver... les pruebo el zapato.

Margot: - Seguro que me queda.

Greta: - No te va a quedar, mirá como tenés el pie,

parece una empanada, yo en cambio tengo el pie más delgado.

Caballero:- ¡Qué lástima!, a ninguna de las dos les queda y ya les probé el zapato a todas las muchachas del pueblo que habían sido invitadas a la fiesta.

Cenicienta:- ¡Falto yo!

Greta:- ¿Tú?, no me hagas reír. Si ni siquiera fuiste invitada a esa fiesta, ¿cómo puede ser tuyo?

Margot:- ¡Volvé ya al escondite donde estabas!

Cenicienta:- No, quiero que a mí también me prueben el zapato.

Caballero:-A ver... te lo voy a probar. Te calza perfecto, ¡felicitaciones, eres la afortunada para casarte con el príncipe!

Margot:- Debimos haberla matado cuando pudimos.

Greta:- Yo la mato ahora igual, no me importa ir presa.

Cenicienta:- Adiós hermanas, que sean muy felices, ojalá que pronto ustedes puedan encontrar a un muchacho que las quiera.

Greta:- La odio, la odio Margot, voy a hacer lo imposible para separar a esos dos.

Margot:- Vamos a hacer lo imposible, porque yo también te voy a ayudar a pensar un plan.

El regreso que nunca fue

Mary Cruz Ticona Burgoa

Fue un 3 de junio, que lo conocí. Por primera vez lo vi llegando al puerto descargando lo que traía en su embarcación.

Se llama Luciano, un chico no tan común pero parecido al resto de los que hay acá en el pueblo; tiene 21 años al menos eso fue lo que me dijo.

Si tuviera que describirlo diría que es un joven apuesto, alto, de ojos color café, tez blanca, muy caballero y romántico.

Vivimos momentos maravillosos, yo con tan sólo 16 años me sentía única sin importar las diferencias que nos separaban.

Estuvimos de novios más de dos años, sin contar los días que por cuestiones de su trabajo nos teníamos que separar por tiempos indeterminados; ya que Luciano viajaba por diferentes partes de Latinoamérica; pero nuestro amor era tan fuerte que no importaba nada.

Así fue como yo lo solía esperar en el muelle de San Blas donde nos vimos por primera vez.

Las tardes y noches pasaban; no tenía noticias tuyas. Luego fueron los días, meses y tampoco sabía nada de Luciano; los compañeros no me daban dato

alguno de mi gran amor.

Mi desesperación fue creciendo por cada día que transcurría, por cada mes y hasta convertirse en años. Yo estaba ahí en el muelle día y noche sin importar nada ni nadie al borde de perder la cabeza. Llevaba siempre conmigo el mismo vestido por si Luciano volviera y no fuera a equivocarse.

Mis lágrimas son mis grandes compañeras. No tengo consuelo para tanto dolor; mi corazón lo tengo partido en mil pedazos.

Una tarde de Abril intentaron trasladarme al manicomio y pero nadie pudo separar me del mar. En el pueblo me dicen la loca del muelle de San Blas, es que nadie puede comprender mi dolor.

Dejo esta carta para aquellos que me juzgaban sin saber por lo que yo estaba pasando.

“La loca”



Collage poético

Trabajo grupal

Para ti será el castigo
Y no quiero que así sea.

El melodioso sueño de los sauces
La luna recostada sobre del césped.

Finge tan completamente
El dolor que en verdad siente.

Mientras sigo y me sigo
Eh vos

Fuiste tú misma quien se desnudó
El artifice cotidiano de nuestra belleza

Pero nadie querrá mirar tus ojos
Tengo derecho a un último deseo

Avivan nuestro fuego de sus querellas viejas
Que trabajen el leño de la cabeza humana

Se desmayan, reviven, resplandecen
Se adormecen, despiertan, se iluminan

Pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo
Mi mayor pesadumbre que la vida consciente

De mentira en mentira
De bolsita en bolsita vas

No me quejo de nada: tuve todo
Como árbol que pierde una a una sus hojas.

Índice

Prólogo	1
Laura Di Marzo	
La niñez perdida	5
Arce, Geraldine	
La familia luz	12
Cabrera, Verónica Alejandra	
Un bebé difícil de entender	14
Cáceres Benítez, Fátima Andrea	
Llegar a la conquista	21
Carabajal, Julieta Ayelén	
El mundo de Rodolfo	24
Calvaroso Nogales, Sabrina	
Que no se apague	25
Cerruti, Daniela	
Una cuestión de cables	29
Conte, Marcela	
El vestido de seda que no fue	31
La Ferraro, Ornella Agostina	
Mi amigo Rodolfo	33
Leyes, Macarena	
El viejo Lucio	37
Padín, María José	
Había una vez un enanito gruñón	41
Pérez Fernández, Florencia Alejandrina	
El detrás de escena de la historia de Cenicienta	44
Savarro, Cynthia Mercedes	
El regreso que nunca fue	50
Ticona Burgoa, Mary Cruz	
Collage poético	52
Trabajo grupal	

Detrás de las historias (que nunca fueron)

Prof. Laura Di Marzo
(compiladora)



Arce, Geraldine
Cabrera, Verónica Alejandra
Cáceres Benítez, Fátima
Carabajal, Julieta Ayelén
Calvaroso Nogales, Sabrina
Cerruti, Daniela
Conte, Marcela
La Ferraro, Ornella Agostina
Leyes, Macarena
Padín, María José
Pérez Fernández, Florencia
Savarro, Cynthia Mercedes
Ticona Burgoa, Mary Cruz



Normal 3 Ediciones

ISBN 978-987-45224-2-9

